

El secreto de las patatas fritas

MARÍA ROSAL

Ilustraciones de Noemí Villamuza





El secreto de las patatas fritas

MARÍA ROSAL

El secreto de las patatas fritas

Ilustraciones: Noemí Villamuza

edebé

© del texto: María Rosal, 2020
© de las ilustraciones: Noemí Villamuza, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-683-4804-9
Depósito legal: B. 8353-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para José Miguel, Álvaro y José Sierra,
por las lecturas compartidas.*

Índice

1. Así empezó todo o cómo descubrí lo que descubrí.....	9
2. Mi perro Norton o se armó la marimorena	29
3. Mi madre, estrella de la televisión ..	51
4. Congreso de inventores y de inventoras	61
5. Buñuelos de viento	75
6. Hogar, dulce hogar	89
7. Pasta agridulce	101
8. Siete asaltos en el <i>ring</i>	113
9. El día después.....	127
10. Holocausto caníbal o casi	139

1

Así empezó todo o cómo descubrí lo que descubrí

La historia de mi vida es breve.
A mí nunca me han sucedido cosas raras.

Nada de nada.

Nunca he visto un ovni ni un extraterrestre.

Tampoco me ha pasado como a un amigo mío, que una vez estuvo a punto de cazar un fantasma. Estábamos en mi habitación jugando con la videoconsola. El hambre me rascaba las tripas. Bajé a la cocina para preparar unas ricas palomitas en el microondas. Volví a mi habitación tan feliz y lo encontré pálido, medio desmayado en el suelo. Entonces me lo dijo:

—Un fantasma. He estado a punto de atraparlo. Ha pasado con su sábana flotando por el pasillo. Sus pies no pisaban el suelo, tío.

Por mucho que intenté que me explicara cómo era, no conseguí sacarle nada más.

—Vale, tío. Vi una sombra blanca, flotaba por el pasillo y no pude verlo mejor por culpa tuya.

Eso sí que no. Qué culpa podía tener yo si estaba en la cocina.

—Pues por eso —me dijo—, porque si hubieras estado aquí, podríamos haberlo perseguido.

Si es que me pierdo las mejores.

Y todo por mi afición a la comida.

Estuvo presumiendo todo el curso.

Confieso, aunque nunca se lo dije a nadie hasta ahora, que puse una silla contra la puerta de mi habitación. De todos modos, estaba claro que, si el fantasma se empeñaba, atravesaría las paredes y no serviría de nada.

No podía contarle en casa ni en el cole. Así que me tapaba la cabeza hasta que caía rendido por el sueño.

Me acostaba con una linterna. Había leído que, si enfocas a los ojos de un fantasma, este se deslumbra y del miedo que le entra sale huyendo. También podía ocurrir que la sábana saliera ardiendo o al menos se quemara un poco. En ese caso, el olor a chamusquina era muy parecido al de las sardinas asadas.

¡Puaj! ¡Qué asco! Si al menos oliera a churrasco, que me encanta.

Encontré en internet un conjuro para alejar fantasmas y lo aprendí de memoria.

Todas las noches lo repetía tres veces.

Por si acaso.

Aunque, bien pensado, tampoco a la gente le pasan cosas extraordinarias todos los días. Hay quien vive cien años y nunca le sucede nada digno de ser anotado en los libros, ni en los periódicos, ni mucho menos como para salir en televisión.

Pero el año pasado sí ocurrió algo, algo importante.

Cuando sucede algo así, al principio lo pasas mal, pero luego te alegras, porque la gente te pregunta, en clase te respetan y no pasan de ti. Hasta los maestros te perdonan las faltas de ortografía.

La orientadora del instituto llegó a decirle a mi tutor que no me lo tuvieran en cuenta si bajaban algo mis notas, que pobre chico, que estaba traumatizado. Yo la oí, así como distraído, mirando por la ventana del despacho de dirección, adonde me llevaron para interrogarme.

Pero yo no estaba traumatizado. Claro que no.

Ni entonces, ni ahora.

Lo que me ocurrió le puede pasar a cualquiera, eso dijeron.

Pero me ocurrió a mí, solo a mí.

Así que ahora voy a escribirlo para que no se me olvide, para que lo conozcan los tataranietos de mis tataranietos o para que pu-

bliquen la historia en montones de libros de esos que se exponen en las librerías con forma de pirámide, como aquella vez que Ana se acercó a una y se cayeron todos los libros.

Menuda bronca.

Voy a escribirlo con todos los detalles, porque lo mismo hacen una película o una serie de televisión esos de Netflix. Quién sabe. Eso, una serie estaría bien. Todo el mundo podría verla por internet y yo me haría famoso.

Así que voy a empezar por el principio.

No sé muy bien cómo se hace. Quizá sea mejor decir primero cómo me llamo, dónde vivo, quiénes son mis amigos.

Comienzo: *En un lugar de la Mancha...*

No, mejor no, así no. Seguro que me dirán empollón si escribo eso. Además yo soy de un pueblo de Córdoba, que no está en la Mancha, como todo el mundo sabe. Creo que mejor voy a contar directamente lo que me pasó y ya está. Tal vez se lo enseñe a mi profe de literatura para que me ayude, pero no sé, me estoy liando.

Bueno, el caso es que no creo que importe demasiado el orden. Empezaré por presentarme. Mi nombre es Isaac y ya explicaré por qué tengo ese nombre y no el de mi abuelo, como todos los de mi clase. Bueno, todos no, porque Carlos Ernesto se llama así porque su madre estaba enamorada del protagonista de una telenovela que veía todas las tardes, un tío muy guapo, aunque Carlitos es feo con ganas.

Y luego está Fredi, que se llama así porque su madre tuvo un antojo cuando estaba embarazada. Cuando le pregunté de qué iba el antojo, se alzó de hombros y se fue.

Es rara la gente.

Yo creía que eso de los antojos siempre se arreglaba comiendo, que a las madres les entraba un deseo enorme de zamparse dulces y comidas rarísimas a las tres de la mañana.

Por ejemplo, langosta con mojo picón, dulce de membrillo con salsa de caracoles o eso tan raro que se ha puesto ahora de moda y que el padre de Roberto se empeña en que

probemos: *quinoa* con semillas de sésamo. En fin, hay gustos para todo.

Ya estoy por las ramas otra vez.

Es que no lo puedo evitar.

Me pongo a hablar y hablar y luego no recuerdo cómo empezó la conversación ni por dónde iba.

Es como una noria de palabras.

Bueno, yo voy a contar el caso de mi vida.

El suceso más increíble que jamás le ha ocurrido a nadie por estos barrios me sucedió a mí el tres de mayo del año pasado.

* * *

Era una hermosa tarde de primavera. Tacho primavera porque queda cursi. La primavera no tuvo nada que ver. Hubiera pasado igual en verano o en otoño.

Queda mejor si digo que era una hermosa tarde. Tampoco sé si era una tarde hermosa o fea. Es lo que suele decirse.

Empezar un libro es algo complicado. Le preguntaré a mi profesora de literatura y que ella me aconseje.

Mejor escribo exactamente lo que pasó.

Yo estaba jugando con mi videoconsola y saboreaba plácidamente un hermoso paquete de patatas fritas.

Sacaba una patata, la miraba, chupaba la sal y luego la metía en mi boca. Seguro que lo habéis experimentado.

Su color dorado es maravilloso.

Los antiguos griegos le dedicaron poemas, lo que pasa es que no se han conservado. Mi hermana dice que soy un bruto, que los griegos no sabían lo que eran las patatas, ni fritas ni crudas, ni siquiera cocidas.

Ella es una sabionda ignorante.

Pocas cosas hay más ricas que una bolsa de patatas fritas para mí solo. Mi padre me las tiene prohibidas porque engordan y por el colesterol ese, que no sé si es el bueno o el malo. Pero yo siempre me las compro.

Tengo paquetes escondidos en mi habitación. Un día la acusica de mi hermana encontró uno y mi madre se puso como loca a buscar más en el armario, en la estantería, entre mis libros y los tiró todos a la basura, sin contemplaciones. Me miró con esos ojos que solo ella sabe poner en ocasiones especiales y yo agaché mi cabeza como un avestruz.

Era mejor no replicar. Ya vendrían tiempos mejores.

Pero volvamos a lo que importa.

Me relamía con gusto la sal mientras las patatas pasaban de la bolsa a mi boca. De pronto noté algo extraño. Mis dientes chocaron con un objeto blando y duro a la vez. Era como si hubieran incluido en las patatas fritas un trozo de filete rebozado o, mejor aún, una muestra de churrasco. La verdad es que hubiera sido un detalle. Y sería un buen negocio. Seguro que se le ha ocurrido a alguien.

Quizás podría inventarlo mi abuela. A ella no se le escapa nada. ¡Patatas fritas con

churrasco! Minichurrasco a la sal, empanado, con salsa barbacoa. Menuda mina para mi abuela. Pero esa es otra historia. Ya la contaré más adelante.

Es una *crack* mi abuela. Se le ocurren las mejores ideas. Mis amigos me tienen envidia. Ya quisieran.

Pero volvamos a mi magnífica bolsa de patatas fritas.

El caso es que no se trataba de un solomillo ni nada parecido.

Una mirada detenida al filete intruso, a la patata mutante o lo que fuera aquello acabó por provocarme tal repugnancia que tuve que salir corriendo al baño y allí expulsé hasta mi primera papilla. Puedo jurarlo.

Todo me daba vueltas.

Mi hermana acudió alarmada por mis gritos y empezó a reírse cuando me vio doblado sobre la taza del váter.

—Otra vez con tus atracones —se mon-daba de risa—. Si comieras como una persona normal. ¡Bruto, más que bruto!

Y se alejó tan tranquila.

Yo tenía fama de tragón. Me gusta comer. ¿A quién no? Bueno, a mi padre, pero esa es otra historia.

El año pasado llegué a pesar más de noventa kilos para mi metro sesenta de estatura y eso hacía que me llamaran gordo, cerdito y una vez, cosas peores.

Yo soy una persona tranquila y no me enfado mucho, pero aquella vez no pude frenarme y, cuando quise darme cuenta, estaba soltando tal cantidad de puñetazos sobre aquel tipejo que tuvieron que separarnos entre varios profesores.

No soy violento. Le compré unas gafas nuevas. Todavía ando sin paga por culpa de aquello.

Sigo con lo que estaba contando. A ver, me gusta la carne, eso no es nada malo. Sueño con montañas de hamburguesas y de ketchup. ¿Y qué? Pero mi padre lleva tiempo empeñado en lo peor de lo peor: convertirme en vegetariano, como él. Me

había dado un plazo de dos meses. ¡Dos meses!

Cuando pude recuperarme del tremendo susto, fui a recoger aquel extraño objeto que había estado en mi boca unos minutos antes y lo arrojé sobre el lavabo. Dejé correr el agua del grifo. Lo que vieron mis ojos fue todavía peor. El horror de los horrores.

Allí, sobre la superficie blanca del lavabo, había un dedo, un auténtico dedo humano, rosado y rígido, que me miraba.

Volví a vomitar ya sin nada en el estómago.

Volví a mirar el dedo. Volví a vomitar.

Mi hermana chillaba desde el salón:

—¡Qué bestia eres!

Juré que nunca más comería patatas fritas. Lo juro.

Pensé que estaba soñando y que era un castigo por mi glotonería habitual, un castigo divino o algo así. Pero el dedo seguía allí y mi hermana gritaba y se reía desde el salón.

—Si no fueras tan bruto...

Un sudor frío me corría por la cara. Apenas me atrevía a mirarlo, pero allí estaba. Era un dedo humano, con sus tres falanges. Eso lo aprendí bien en clase de ciencias naturales.



Un dedo cortado por un carnicero.

Un dedo arrancado a una pobre víctima.

Todo me daba vueltas.

Sentí que iba a desmayarme.

Las baldosas del cuarto de baño tenían un color morado. La luz de la lámpara giraba sobre el dedo, como danzan las luces en una película de gánsteres sobre las cabezas de los asesinos, cuando interrogan a sus víctimas.

Aquello no podía ser real. Pero sabía que no estaba soñando. Yo nunca sueño con porquerías. Aquello parecía salido de alguna película de terror.

El poder de la mente es lo más importante que tenemos.

Recurrí al poder de mi mente, pero no ocurrió nada.

Nada de nada.

Mi padre me lo había dicho muchas veces. Era su frase favorita: la mente lo puede todo. Así pretendía que dejara medio filete en el plato y que, a cambio, tomara lechuga o espinacas.

Decía que para sentirse saciado bastaba con pensarlo y creérselo.

Tenía unas teorías muy raras, como contar hasta cincuenta antes de seguir comiendo para ver si se te ha pasado el hambre. En fin, cosas de mi padre.

Yo nunca le hice caso cuando se trataba de la comida, pero en aquel momento recordé sus consejos y tuve que echar mano de todo el poder de mi mente para enfrentarme a lo que tenía delante.

Era un dedo, un dedo humano, pero humano, humano. De eso no cabía duda. ¿De quién? ¿Cómo había llegado hasta mi bolsa de patatas? ¿A quién se lo habían cortado y por qué? Y si me lo hubiera tragado, ¿me habría muerto? ¿Me habría ahogado? ¿Me habría crecido un dedo más? Y en ese caso, ¿el dedo visitante se habría instalado en mi mano o en mi pie? Era un misterio. Un gran misterio.

Todo me daba vueltas. ¿Y si era de un secuestrado y los secuestradores querían llamar la atención para pedir el rescate?

Y yo... ¿qué debía hacer? Tendría que ir a la policía. Decírselo a papá era impensable porque estaba fuera de la ciudad, peor aún, fuera del país. Se había ido a un congreso, pero ahora no puedo detenerme a hablar de ello. Después explicaré lo de los congresos de papá, tan divertidos. Cuando llegaba a casa, organizábamos una cena con muchos montaditos y estábamos horas y horas escuchando sus historias. El que más lo escuchaba era yo, porque mamá y mi hermana acababan marchándose al sofá y se peleaban por el mando de la tele.

También pensé contárselo a mamá, pero cómo hacerlo sin ganarme una enorme bronca. Seguro que pensaba que me mataba el exceso de imaginación porque era un adicto a la videoconsola. Estaba claro, acto seguido, *ipso facto*, me la confiscaría por lo menos durante dos semanas, como cuando suspendí inglés. Qué digo dos semanas: ¡dos meses!

Y es que, para mamá, la videoconsola es siempre la culpable de todas las desgracias

infantiles. Estaba segura de que yo era una víctima más y que me estaba ablandando el cerebro y que algún día me daría cuenta.

Y sobre todo, que no podía estar todo el día sentado y comiendo como una bestia, y que no pensaba repetírmelo más.

* * *

Era necesario pensar deprisa. Un error podía ser terrible.

Tenía entre mis manos el dedo de un extraño, un dedo limpio y reluciente al que yo mismo acababa de borrar todas las huellas.

¿Cómo se puede ser tan animal? Mi hermana tenía razón: no tengo nada en la sersera.

Seguro que la policía pensaría que yo estaba compinchado con los criminales y por eso había borrado las huellas. Necesitaba una coartada. Desde luego no podía ir a la policía, eso no.

Entonces se me ocurrió una idea genial: podía tirarlo por el váter y nadie se enteraría. Ni siquiera mi hermana había visto el dedo. Si, en lugar de reñirme, se hubiera interesado por lo que me pasaba... Pero no, ella no me escuchaba nunca. Es lo que tiene ser el pequeño de la casa, que a nadie le importa lo que te pase.

Eres invisible.

Sí, lo tuve claro, lo mejor sería tirarlo y que las ratas se lo comieran. Quizás apareciera muy lejos de mi casa, en alguna playa solitaria o llena de turistas, que lo confundirían con un gusano de mar.

Pero... ¿y si, a pesar de todo, conseguía salvarse y alguien lo encontraba y pensando, pensando, comprendía que el maldito apéndice procedía de mi casa?

¿Y si venían y nos interrogaban a todos y nos contaban los dedos y no nos faltaba ninguno? ¿Cómo explicarlo?

Decidí armarme de valor. Tomé aquel trozo del demonio y lo envolví en abundante papel

higiénico. Así, lo introduje, con mucho cuidado, en el bolsillo derecho de mi pantalón.

Y como siempre que necesitaba pensar, salí a la calle.

